

LAS CUEVAS DE LA PLAZA DE LA VILLA EN REQUENA

Fermín Pardo Pardo

CRONISTA OFICIAL DE LA CIUDAD

Desde hace más de dos décadas, los subterráneos del barrio medieval de La Villa de Requena han ido adquiriendo una función y valoración muy distintas a las que tuvieron en otras épocas. Sabemos que se aprovecharon como bodegas para almacenar vino y otros productos alimenticios y, cuando dejaron de servir para estos menesteres, se convirtieron, en muchos casos, en vertederos de escombros, después de las reparaciones o reformas de las viviendas.

En la actualidad, en varias casas particulares de La Villa, se han venido acondicionando las cuevas como espacio curioso con el que sorprender a visitantes, amigos y familiares, haciéndolas servir, además, como sala de reunión festiva, en compañía de panzudas tinajas centenarias, principalmente en los meses de verano.

Esta tendencia de valorar la propia cueva doméstica, como espacio singular conservable, arranca y es consecuencia de querer imitar o seguir las pautas de la actuación que llevó a cabo el Ayuntamiento de Requena, al inicio de la década de los setenta del siglo XX, sobre unas veinticinco cuevas existentes en el subsuelo de la plaza de La Villa o de Albornoz. También fueron pioneras en este aspecto recuperador la conocida Bodega Honda y las del Cristo.

Parece ser que el conjunto de cuevas de la plaza, hoy de propiedad municipal, pertenecieron originalmente a cada una de las casas que componían las manzanas de edificaciones que se levantaban sobre el espacio de la plaza con anterioridad al siglo XVI. En esta época se decidió abrir esta amplia plaza como centro de la vieja Villa, con el fin de adecuarla como espacio de mercado y de grandes festejos en los que se incluían las corridas de toros en su forma antigua. De esta manera, al derribarse las casas, quedaron sus correspondientes cuevas huérfanas de las viviendas con las que se complementaban. Parte de estos subterráneos se llenaron, en aquel momento, de los escombros del derribo, quedando semicegadas y olvidadas durante siglos. No obstante, en esta plaza mayor, generalmente por el transporte y por el efecto de las lluvias, se solían abrir, de cuando en cuando, socavones de forma natural, los cuales se rellenaban y se tapaban para evitar los peligros consiguientes. En las Ordenanzas Municipales de 1613 aparece la *"prohibición, sin licencia, de la subida de carros por la Villa, para evttar daños en las bodegas, pena de 300 maravedies para la zera del Sanctissimo"* (Bernabeu. Historia de Requena. 1982).

El que se produjeran los citados hundimientos no suponía que

los vecinos de La Villa, en las últimas épocas, supieran que se debían a la existencia de estas antiguas cuevas artificiales. Más bien los atribuían a posibles pasadizos relacionados con el sistema defensivo de la fortificación medieval.

Sería a principios del último tercio del siglo XX, cuando se inició, de forma casual, el descubrimiento de estos subterráneos que se han convertido, en los últimos años, en uno de los atractivos turísticos de Requena.

En muchas ocasiones estos hechos casuales se recuerdan o se datan por sus consecuencias, pero las personas protagonistas quedan en el anonimato y con ellas pasan al olvido las circunstancias que propiciaron y rodearon el acontecimiento.

En el caso de las cuevas de la plaza de La Villa hemos tenido la suerte de encontrar detallada información sobre su hallazgo, vaciado y acondicionamiento inicial. Esta información nos la ha proporcionado el propio protagonista recordando, de manera precisa, las circunstancias y los hechos que determinaron la recuperación de nuestras cuevas.

Antonio Monzó García, quien se inició trabajando como albañil en su juventud, siguiendo el oficio de su padre, se convirtió posteriormente en empresario de la construcción, actividad que desarrolló hasta la edad

de jubilarse. Antonio, hombre inteligente, activo y emprendedor, de destacada sensibilidad para la actividad artística, es buen conocedor de Requena, su historia, sus monumentos y sus tradiciones. Es además respetuoso y amante de todos estos aspectos; en definitiva de todo lo que afecta y considera que es bueno para Requena y su tierra.

En muchas ocasiones me proporciona datos, detalles y anécdotas de esa historia local cotidiana y no escrita. Transmisión oral de sus recuerdos, experiencias y conocimientos que son dignos de ser recogidos por escrito y pasar a formar parte de documentos que componen parte de nuestra historia reciente.

Veamos el contenido del relato que, de forma manuscrita, me transmitió Antonio Monzó sobre el hallazgo y posterior intervención que llevó a cabo en las cuevas de la plaza de La Villa.

Nos sitúa el hecho a comienzos de la década de los setenta del siglo XX, siendo alcalde de la ciudad D. José M^a Viana González. El Ayuntamiento sacó a pública subasta la *"obra de urbanización, pavimentación y empedrado de las plazas de La Villa, de Santa María y del Salvador"*.

Según Antonio, el proyecto y dirección de la obra estuvo a cargo de un arquitecto de Madrid, de quien no recuerda el nombre. En cambio, nos

afirmó que era nieto del pintor valenciano Joaquín Sorolla Bastida.

El resultado de este concurso fue la adjudicación de la obra a la empresa de Antonio Monzó. Nuestro constructor recibió con agrado la asignación de la ejecución material del proyecto y fue *"al iniciar el movimiento de tierras y el rasanteo de la plaza, para después hormigonar"* cuando aparecieron tres *"boquetes"*, a manera de pozos que estaban medio rellenos de *"escombros viejos"*.

A pesar de los escombros existían huecos que permitieron descender a lo más hondo y comprobar que tales subterráneos eran cuevas semejantes a las que muchas casas de La Villa poseen en su subsuelo.

En principio, nos confesaba Antonio que se alegró, porque pensó sacar provecho económico del hallazgo. Estas oquedades le brindaban la ocasión de recibir más escombros y de esta manera todas las sobras de tierra y piedras removidas en la plaza podían servir de relleno de estos hoyos y no tendría que sacarlas fuera de la ciudad. La ocasión que le proporcionaban las viejas cuevas de la plaza de La Villa de servirle de vertedero, en el propio lugar de la obra, le ahorra el dinero necesario para pagar el transporte de estos materiales, los cuales habían de sacarse con un camión.

No obstante, pronto recapacitó

y llegó a la conclusión de que si las colmaba con escombros y se seguía el proceso de hormigonar y empedrar el suelo de la plaza, la posibilidad de conocer la existencia de estos subterráneos era nula. Quedaban enterradas y olvidadas estas cuevas por los siglos de los siglos.

Considerando Antonio que lo adecuado era vaciar estos espacios y no rellenarlos acudió a comunicarle al Sr. Alcalde el hallazgo y su propuesta de conservación. La primera respuesta de José M^a Viana fue que el municipio no tenía dinero para hacerse cargo del vaciado, que rellenara con tierra, porque bastante se había negociado para conseguir la cantidad necesaria para la pavimentación de las tres plazas.

A pesar de esta contestación, Antonio Monzó insistió al alcalde para que acudiera al propio lugar y comprobara la envergadura de estos subterráneos olvidados. José M^a Viana cambió de opinión tras la visita, pues era hombre capaz de valorar el patrimonio histórico de Requena y buen amigo de Antonio. Por todo ello, dejó en sus manos la decisión de una y otra actuación.

Si el constructor decidía vaciar, y puesto que el Ayuntamiento no tenía presupuesto para pagar los trabajos de desescombro, sería necesario comunicarlo a la corporación municipal proponiendo, si estaban

conformes, el habilitar un presupuesto extraordinario para estos trabajos. Nuevamente la respuesta fue negativa por parte de la mayoría de los concejales. Según Antonio, alguno de ellos opinaba y llegó a decir que el barrio de La Villa *"era un nido de miseria y de ratas y que lo más conveniente era llevar una pala y derribarlo todo"*. Con esta actitud negativa se forzaba al constructor a desistir de su proyecto de vaciado y recuperación de las cuevas, insistiéndole en que *"si algo hacía fuera de presupuesto, lo pagaría él con su dinero"*.

Todas estas dificultades no hicieron mella en la decisión muy meditada de Antonio de recuperar para su ciudad estos subterráneos tan singulares. Determinó definitivamente colocar en cada boquete un montacargas y comenzó a sacar escombros. Entre ellos, como revuelto, aparecieron fragmentos de cerámica y de utensilios de diferentes épocas, por lo que ordenó que se seleccionaran y que se trasladaran, de forma provisional, a la iglesia de Santa María. De allí fueron llevados, tales restos, al Museo Municipal, en donde se conservan y pueden estudiarse.

De entre lo que fue extraído de las cuevas de la plaza de La Villa se han restaurado unas treinta piezas enteras de cerámica, correspondientes al periodo que abarca desde el

siglo XIV al XVIII. Quedan además muchos fragmentos en los almacenes y el laboratorio del Museo, dentro de lo que se considera para revisión de materiales. En estos momentos se está procediendo a la catalogación de todo el conjunto, por lo que, en breve plazo, tendremos un conocimiento mayor de las tipologías, materiales y técnicas de todos estos restos que nos aportarán información de un capítulo de la historia de nuestra ciudad.

La tarea de desescombro se prolongó, porque tras una cueva se descubría otra cercana, así hasta llegar a la parte más alta de la plaza de La Villa, en las inmediaciones de la plaza del Salvador. En esta zona se habían aprovechado parte de las cuevas como osario de la parroquia del Salvador, ya que el espacio subterráneo de las criptas de esta iglesia era reducido. Cuando se llenaban estas criptas de enterramientos, era necesario vaciarlas por partes. Los restos del vaciado eran trasladados a estos osarios de la plaza que cumplían así la misión de fosa común, en



la que se depositaban, como segundo enterramiento, los restos humanos.

Según Antonio Monzó, se sacaron del osario "*siete camiones pequeños de huesos y calaveras*" que fueron trasladados al Cementerio Municipal.

Una vez descubiertas y limpias de escombros todas las cuevas existentes en el subsuelo de la plaza, se presentaba una nueva dificultad para Antonio y su empresa, si se querían hacer visitables. Cada una de ellas estaba separada de las lindantes, es decir, no estaban comunicadas y era prácticamente imposible colocar en el pavimento de la plaza las tapas y aberturas para su acceso independiente.

La solución adoptada fue comunicarlas, haciendo túneles nuevos que facilitarían el acceso general de unas a otras y se pudiera, en su día, establecer una ruta continua de visitas como se realiza en la actualidad.

En aquella época se hacían cuevas artificiales subterráneas o túneles para el cultivo de champiñones, por lo que Antonio hubo de contratar a un experto en esta actividad, quien, bajo su dirección, llevó a cabo la intercomunicación de las cuevas de La Villa. Este hombre fue Ángel Arenas Cano.

Después de resuelto este pro-



blema todavía quedaba otro por resolver, pues "*los boquetes*" que se habían abierto, desde la plaza a cada una de las cuevas, hacía falta taparlos para dejar el pavimento seguro y sin peligro de hundimiento. Algunos munícipes, contrarios a la apertura de las cuevas, le habían advertido a Antonio que sería responsabilidad suya las consecuencias negativas que pudieran derivarse por no haber rellenado estos espacios.

Acabadas estas intervenciones se le comunicó, desde el Ayuntamiento, que no cobraría más dinero que el que estaba presupuestado para la pavimentación. Tuvo que añadir la conducción de agua y electricidad por debajo del pavimento, así como el alcantarillado de la fuente que estaba previsto colocar en el centro de la plaza. Como estos trabajos no estaban plasmados en el proyecto inicial, el Ayuntamiento no se hizo cargo de su costo.

A pesar de estos inconvenientes Antonio Monzó se siente satisfecho de su hazaña, aunque perdió

dinero en aquella ocasión:

"Gasté hasta la última peseta que había para la pavimentación, además de las ganancias y aún me faltaron ciento veinte mil pesetas. Un concejal me dijo que no lo cobraría nunca, como así sucedió. Todo para mí no está en el dinero, hoy me encuentro muy satisfecho de lo que hice: Ahora se ve lo positivo que fue aquella decisión que tomé".

Nos añade Antonio que la pavimentación de las tres plazas dio pie a los vecinos de La Villa para promover, por calles, la pavimentación de todo el barrio. Desde entonces, se inició, aunque de forma lenta, la rehabilitación de varias casas de este casco antiguo de Requena, en donde cada casa suele tener una cueva subterránea de mayores o menores proporciones y a cuyos dueños les satisface el poseerlas.

Con todo lo expuesto, queda demostrado que el "héroe" de esta hazaña de la recuperación de las cuevas de la plaza de La Villa fue Antonio Monzó. Le llamo héroe porque también queda manifiesta la lucha que tuvo que entablar con parte de la corporación municipal de aquel momento, por no considerar de interés descubrirlas, acondicionarlas, ni darlas a conocer.

Hay que decir que en fechas posteriores se fue ampliando la tarea de adecuación de estos subterrá-

neos y su puesta en valor como atractivo turístico, por el interés de otras corporaciones de nuestro Ayuntamiento y de personas que se preocuparon de que esto fuera posible.

En cuanto a los estudios de estos subterráneos, no se han hecho con profundidad, ni ha habido publicaciones importantes sobre ellos. Algunas teorías nos hablan de los fines de su vaciado y de su aplicación original como espacios de almacenaje e incluso de refugio.

Existen opiniones que afirman que el vaciado de las cuevas servía para extraer materiales de construcción con los que edificar las correspondientes viviendas que se ubicaron sobre ellas. El perforado de la toba o tosca para llegar a las capas inferiores de arcilla proporcionaba material in situ para la confección de los muros: Algunas piedras de toba y sobre todo abundante tierra para las paredes de tapial, tan abundantes en las casas de La Villa y otros barrios antiguos de Requena. Una vez construida la casa, con su planta baja y sus dos o tres plantas superiores, contaba también con un sótano o cueva que se le hacía servir de almacén para ciertos productos alimenticios o de consumo familiar.

La conservación del vino dentro de grandes tinajas fue una aplicación generalizada en muchas cuevas que pertenecen a casas particu-

lares de La Villa e incluso de Las Peñas, en cambio, en la mayor parte de las que fueron descubiertas por Antonio Monzó, en los subterráneos de la plaza mayor de La Villa, no existían tinajas. Ello nos lleva a suponer que esta aplicación como bodegas pudo iniciarse en el siglo XVII y prolongarse durante los siglos XVIII y XIX. Las propias tinajas, en su mayoría, no son anteriores al siglo XVIII.

En la relación de vecinos del término de Requena del año 1841, para las contribuciones, figuran en el barrio de La Villa 32 cabezas de familia que, entre sus propiedades, contaban con trullos y bodegas:

En la calle de Santa María aparecen 6 propietarios de trullos y bodegas. En el Barriete 1, en la calle Somera de arriba 2, en el callejón de Paniagua 1, en el de Cantero 2, en los Cuatro Cantones 2, en la calle del Horno de Piñuelo 1, en la calle Poblete 1, en la plaza de la Jorra 1, en la calle de Diego Gil (de los Perejiles) 2, en la del Cristo 1, en los Casares 1, en la plaza de La Villa 4, en la plaza del Salvador 3, en la plaza del Pozo 2, en la calle del Castillo de en medio 1 y en la de la Fortaleza 1.

Hemos de contar que hasta esa fecha de 1841 no se había producido la explosión productora para el comercio de exportación que tuvo lugar a partir de la década siguiente. El

vino producido en estas bodegas, hasta la primera mitad del siglo XIX, se destinaba al consumo de las familias productoras y los excedentes para el comercio de consumo local.

En la segunda mitad del siglo XIX se inicia una gran demanda de vinos, por parte de países europeos, tras la ruina de los viñedos franceses a causa del oidio y la filoxera. La expansión del cultivo de la viña en nuestra comarca se produjo de forma vertiginosa por la posibilidad de comercialización y, es de suponer, que en todo el siglo XIX siguiera aumentando el número de cuevas destinadas a bodegas, haciendo uso de tinajas como recipientes de almacenaje.

La mayor parte de las tinajas que se conservan en las cuevas de La Villa y de todo el término de Requena, proceden de las alfarerías de Utiel. Varias de ellas poseen inscripciones con el nombre de los artesanos y la fecha de fabricación, otras llevan algunas frases con referencia al vino o su conservación. Las más antiguas tienen en sus paredes externas unos resaltes en forma de anillos paralelos y las más modernas poseen toda la superficie exterior lisa.

Según tradición oral, oíamos decir, a los más viejos, que las primeras tinajas que se usaron en la zona se traían de Villarrobledo y después,

ante la demanda creciente de nuestros vinateros, empezaron a funcionar las alfarerías de tinajas en Utiel, extendiéndose su producción por todos los rincones de la comarca.

Después de una reciente catalogación de las tinajas de varias cuevas de La Villa, llevada a cabo por el catalán experto en la materia Santi Cabasa, se ha llegado a la conclusión de que casi la totalidad de estas orondas vasijas fueron hechas por utielanos, pues responden a una tipología propia que seguían estos artesanos por tradición familiar.

Las medidas voluminosas de estos recipientes de barro y la estrechez de las escaleras para su acceso y de los respiraderos de las cuevas en donde las encontramos alojadas, han llevado a difundir, desde hace unos años, una creencia errónea que afirma que estas tinajas se hicieron y se cocieron en las propias cuevas. Ningún alfarero y ningún estudioso de la alfarería estarían de acuerdo con este desatino, sobre todo en lo referente a la cocción. Estas vasijas necesitan para su correcta cocción alrededor de 1000 grados de calor, lo cual únicamente puede conseguirse en hornos apropiados. Por otra parte, con menos cantidad de calor, no se hubieran cocido estas piezas, pero sí se hubiera producido el agrietamiento de la toba, su desplome y su derrumbamiento.

La posibilidad de hacer entrar las tinajas al hondo de las cuevas tuvo que ser, en la mayoría de los casos, por medio de una especie de rampas semejantes a las de los actuales aparcamientos subterráneos de las construcciones urbanas. Estas rampas se abrirían desde la calle y comunicarían con la cueva. Después de entrar las tinajas se volvería a rellenar el hueco de la rampa con la tierra extraída al practicarla y así quedaba la cueva dotada con sus tinajas, pero sin otra comunicación con el exterior que el respiradero y la correspondiente escalera.

Los respiraderos de las cuevas se adivinan en el exterior de las casas que las poseen por unas rejillas de hierro situadas en las fachadas, a ras de tierra. Estos respiraderos, con orificios relativamente estrechos, pueden ser una parte no cegada del conducto por donde se entraron las tinajas.

A finales del siglo XIX y principios del XX, cuando se adoptan en la comarca modernas formas de bodegas con nuevos materiales de construcción como el cemento, dejan de servir las antiguas tinajas como recipientes de conservación. Otro tipo de contenedores de vino que desplazaron a las tinajas fueron los llamados conos, fabricados de madera como las cubas y toneles, pero de mayor capacidad.

El que las tinajas quedaran en desuso tuvo como consecuencia que muchas de ellas se destruyeran, sobre todo las que no estaban en cuevas, con tal de aprovechar los espacios que ocupaban para construir nuevas bodegas con otro tipo de contenedores o para otros fines.

Parte de las que se ubicaron en cuevas también se rompieron pero las que se salvaron de la destrucción quedaron olvidadas en el subsuelo, en muchas ocasiones semienterradas por los escombros que se fueron depositando en estos sótanos, al darles sus dueños la aplicación de vertederos.

Actualmente, y mirando desde el punto de vista histórico y arqueológico, hay quien opina que, en el presente, no se hubiera llevado a cabo esta tarea de recuperar las cuevas de la forma que se hizo hace treinta años:

En la época del vaclado no existió un arqueólogo especialista en historia medieval que podía haber dirigido científicamente la excavación. Ya sabemos y hemos dicho que en el momento de la intervención no había dinero ni para el trabajo de sacar escombros y que Antonio Monzó se preocupó, con su buena voluntad, de recoger parte de los materiales que se consideraron de interés. Si hubiera habido un técnico presente, posiblemente se hubieran obtenido

más datos y mejor fundamentados, pues los criterios de documentación de tales restos hubieran sido más minuciosos al haber sido estudiados in situ.

No obstante, tampoco en la actualidad se tratan de forma adecuada los hallazgos arqueológicos que siguen apareciendo en La Vila. Un buen ejemplo lo tenemos en la Cuesta de las Carnicerías, en donde apareció, este verano pasado, el basamento de la puerta de la muralla en esa zona, juntamente con vestigios romanos y de la época musulmana a los que no se les ha prestado la debida atención, a pesar de las recomendaciones de nuestra arqueóloga municipal y del interés de nuestros munícipes, todo ello por causas que no es el momento de detallar.

En referencia a la comunicación de todas las cuevas por medio de túneles nuevos, queda claro que, en aquel momento, se falseó la realidad histórica de tales espacios, pues, originalmente, no eran pasadizos a la manera de las catacumbas romanas, sino simples cuevas de viviendas desaparecidas, como ya se expuso.

Es cierto que de no haber hecho tales túneles hubiera sido imposible el aprovechamiento actual. El que admitamos lo que está hecho cuando no es reversible y tratemos

de sacarle el mayor provecho que se pueda obtener, no quiere decir que admitamos que fue la única opción o que no se podía haber mejorado. Lo que sí es conveniente es documentar y aclarar todos los detalles de cualquier intervención, para que quede constancia de cómo era el original y cuándo y de qué manera se transformó. Con ello evitaremos las falsas interpretaciones que solamente aportan confusión para quienes buscan la verdad y la explicación científica.